

***Biblioteca selecta de autores antiguos
españoles, que escribieron en lengua latina y
árabe desde la dominación romana hasta el
siglo XIV de nuestra era. Publíquese bajo la
dirección de D. Luis García Sanz, etc.***

Juan Valera

-49-

La grande y patriótica empresa que acomete el señor Sanz, y de cuya utilidad e importancia no puede menos de concebirse una idea muy alta con sólo leer el epígrafe que antecede, es una de aquellas que ha menester más del favor del público para que tenga dichoso término. Los gastos serán considerables y la fatiga mucha para que pueda hacerse y sufrirse sin esperanza de remuneración. Nosotros, pues, en cuanto alcancen nuestras débiles fuerzas, nos creemos en el deber de persuadir a nuestros lectores de la excelencia de la nueva publicación, y de inclinarlos a que a ella se suscriban. Por amor a la patria, cuando no por amor a la ciencia, debieran hacerlo. La biblioteca del Sr. Sanz será el complemento, a mejor dicho, el antecedente o prefacio de la que publica el Sr. D. Manuel Rivadeneyra, y ambas formarán juntas un hermoso monumento -50- levantado al ingenio y al saber de los españoles de todas las edades.

Pocas naciones, como dice muy bien el Sr. Sanz, pueden jactarse de contar tan claros escritores entre sus hijos, desde los primeros tiempos de la historia. Al través de vicisitudes, conquistas, dominaciones y cambios, la antorcha de la ciencia y el fuego de la inspiración han iluminado y han ardido siempre en este país privilegiado. Pero la incuria de los españoles de estos últimos tiempos y la malevolencia de los extranjeros han concurrido a nublar nuestras glorias científicas, y han hecho que las olvidemos o tengamos en poco.

De nuestra literatura se ha escrito mucho; poco o nada de nuestra ciencia: y de aquí ha nacido el menosprecio de los extranjeros, que han calificado a España de la Beocia de Europa, considerando sólo como una excepción de nuestra rudeza, como al Píndaro de este pueblo antiliterario, a Calderón o a Cervantes.

Ya en el siglo XVI, decía Escalígero, que había algunos doctos en Portugal; pero que en España no había casi ninguno. Montesquieu decía que en España no se había escrito más que un libro bueno que era el que se burlaba de los otros, aludiendo al *Quijote*. Y M. Guizot ha escrito recientemente, que bien se puede hacer la *Historia de la*

civilización, sin contar para nada con España, como nación ociosa e inútil que no ha intervenido en ella.

Nuestra carencia de laboriosidad y nuestra falta de espíritu filosófico pasan ya por axiomas en boca de propios -51- y extraños. No se contentan muchos con afirmar que estamos atrasados ahora, sino que sostienen que lo hemos estado siempre con respecto a las demás naciones. Si se les cita a algún sabio, a algún filósofo, a algún erudito español, a un Vives, a un Lulio, a un Servet, a un Foxo Morcillo, se ríen como si fueran estos unos locos extravagantes y unos escritores pesados y de gusto detestable. Quizás tengamos que esperar a que los alemanes se aficionen a nuestros sabios, como ya se aficionaron a nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizás tendrá que venir a España algún docto alemán a defender, contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes. ¿Qué habría en esto de nuevo, cuando el Sr. Bohl de Faber sostuvo, treinta o cuarenta años ha, una polémica con los literatos españoles de entonces, para demostrarles que Calderón era un buen poeta?

Afortunadamente el amor al estudio renace entre nosotros, y despierta en algunos corazones el celo por la gloria científica española. Sólo es ya de desear que este celo no sea inútil del todo, porque el público, hartado indiferente en España a las cuestiones de este género, no le secunde y no le haga eficaz con su favor y aplauso.

El Sr. Sanz va a publicar los autores españoles anteriores al siglo XIV; va a consagrar su vida y sus capitales a esta empresa patriótica y literaria. ¿Será posible que recibamos con frialdad y con indiferencia la obra del Sr. Sanz?

-52-

Su biblioteca constará de tres partes.

La primera contendrá los autores que florecieron bajo la dominación romana, a saber: Séneca, Lucano, Columela, Pomponio Mela, Quintiliano, Marcial, Marco Aurelio, Floro, Silo Itálico y otros.

La segunda contendrá los autores del período gótico y de la Edad Media que escribieron en latín, como los poetas Aquilino Juvenco, Aurelio Prudencio y Draconcio, el historiador Paulo Orosio, y los polígrafos San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Julián, San Ildefonso y San Eulogio.

En estas dos primeras partes acompañará el texto original a la esmerada y correcta traducción que se está haciendo de los escritores referidos.

De suponer es que publique también el Sr. Sanz el texto griego de los doce libros *Τῶν εἰς ἄστυόν* del emperador Antonino, ya que coloca a este grande repúblico y filósofo entre los españoles, que tal vez no debiera, pues si bien era de familia española, discípulo e hijo adoptivo de Adriano, nació en Roma, en el monte Celio.

Sería asimismo de desear que el Sr. Sanz buscara quien tradujera en verso los cantos de Prudencio, poeta cristiano tan sublime, que Villemain no duda en ponerle por cima de cuantos líricos florecieron desde la venida de Cristo hasta el Dante, y del cual no

sabemos que haya una sola composición traducida en castellano, habiendo tantas de Horacio y de otros poetas gentiles.

La tercera parte de la Biblioteca contendrá los escritores -53- árabes españoles, esto es, la traducción castellana, encomendada a nuestros mejores orientalistas, pero sin el texto arábigo. Figurarán entre estos autores, la poetisa Wallada, el gran filósofo Averroes, y el famoso médico y botánico Ibn Beithar de Málaga.

Convendría que el Sr. Sanz, que menciona hasta doce autores árabes-españoles, cuyas obras piensa incluir, en parte, en su colección, no olvidase otros de no menor nota, como, por ejemplo, el ilustre matemático y astrónomo Omaiya-ben-Abd-el-Azil ben Abi'l Salt el andaluz, Abd-Alah ben Malik de Jaén, poeta y gramático, y otros muchos, de cuyas obras nos podía dar alguna corta muestra traducida.

La filosofía arábica, principalmente la española, tuvo una influencia grandísima en la filosofía escolástica, cuya historia no se puede comprender ni escribir bien y completamente sin un previo conocimiento de los filósofos árabes. Así es, que en el extranjero empieza a darse a este estudio suma importancia. No hace aún dos años, que el elegante escritor Ernesto Renan publicó en Francia un libro sobre *Averroes y el averroísmo*. En el nuevo *Diccionario de las ciencias filosóficas*, publicado también en Francia, se dan algunas noticias y se hacen grandes elogios de varios filósofos árabes españoles. Sólo en España miramos con sobrada indiferencia estas cosas.

El Sr. Sanz se olvida o si no se olvida no mienta a algunos de estos filósofos, y no se atreve a incluirlos en la colección, temeroso, sin duda, de la indiferencia del público, y hasta del disgusto que acaso le causaría, prometiendo -54- hacer aún más voluminosa la biblioteca. Así es que nada dice ni nada promete publicar de Abu-beer Mohamed-ben-Jahya-Ibn-Babja, conocido y citado por los escolásticos con el nombre de Avempace. Fue este sabio natural de Zaragoza y maestro de Averroes. Comentó a Aristóteles y compuso varias obras originales, siendo la más famosa la que lleva por título *Del régimen del solitario*. Su doctrina ejerció notable influjo en la escuela de Alberto el Grande.

Pero la omisión que no tiene disculpa, ya que se trata de formar una biblioteca de escritores españoles anteriores al siglo XIV, es la de los filósofos y poetas judíos, muy superiores, acaso, a los árabes. La razón que da el Sr. Sanz de que no *hace mención de los rabinos españoles, tanto por la índole especial de su literatura, cuanto porque puede suplir hasta cierto punto esta omisión la aplaudida obra, titulada «Estudios sobre los judíos de España», por el Sr. D. José Amador de los Ríos*, no tiene valor ni fundamento. Ni las obras de los judíos son especiales de su secta y nación hasta el extremo de no tener interés para los demás hombres, ni la erudita historia del Sr. Amador de los Ríos basta, ni con mucho, a hacernos estimar y comprender el gran movimiento científico y filosófico de los judíos españoles en la Edad Media. Todo otro mérito, menos este, le concedemos a la obra del Sr. Amador de los Ríos, obra escrita con buen gusto literario, con profundo saber histórico, mas con espíritu filosófico muy escaso.

Ni de la doctrina de Ibn-Gabirol o Avicibrón, autor de *El manantial de la vida*, panteísta profundo, digno -55- antecesor de Espinosa, ni de Judá Haleví de Toledo, poeta comparado por Heine con el mismo Homero, y filósofo comentado y traducido y

encomiado recientemente en Alemania, cuyos versos se cantan en las sinagogas y han sido traducidos por Daumer en alemán, y cuyo libro del *Kuzari* está lleno de la más profunda filosofía; ni de Maimónides, ni de sus disputas con los *motecalemin*, ni de su emanantismo, ni de su racionalismo, ni de la cábala, ni de otras invenciones y caracteres de la filosofía judaica, nos da cuenta satisfactoria el Sr. Amador de los Ríos. El asunto principal de su libro no era este tampoco, y nosotros no culpamos al Sr. Amador de los Ríos de su descuido; sólo consignamos que su obra no puede dar a conocer la importancia de los filósofos rabinos.

Creemos, pues, que el Sr. Sanz debe pensar en llenar este vacío que se nota en el prospecto de su biblioteca.

Muchos autores judíos están traducidos en latín, como Maimónides; algunos lo están en castellano, como Jehuda Levita (*Kuzari*), que publicó en Amsterdam en 1663 el *hachan* Jacob Avendaña; y otros, como Benjamín de Tudela, están traducidos en francés y en inglés, y son citados y conocidos en todos los países, menos tal vez entre nosotros.

Como la biblioteca del Sr. Sanz debe ser selecta, y no puede ser de otra suerte (si se fuesen, por ejemplo, a publicar en ella las obras completas de Averroes, no cabrían en doce tomos del tamaño de los de Rivadeneyra), son muy de recomendar el tino en la elección de -56- lo que se publique, la erudición en las vidas que se escriban de los autores, y un conocimiento profundo en la exposición y juicio que ha de hacerse por fuerza de las doctrinas y opiniones de cada uno de ellos.

¿Quién sabe si más tarde, animados por el buen éxito de la empresa del Sr. Sanz, llevarán a cabo los señores D. Ramón de Campoamor y D. Gumersindo Laverde Ruiz la de publicar otra biblioteca que complete y termine la de Rivadeneyra y la de Sanz, y en la cual se coleccionen las obras escogidas de nuestros sabios y filósofos posteriores al siglo XIV? ¿Quién sabe si Lulio, Vives, Suárez, Soto, Foxo Morcillo, Huarte, Varcárcel y tantos otros varones doctísimos volverán a ser populares en España? Para ello, más que publicar todas sus obras, convendría dar de ellas lo más selecto traducido en castellano, hacer una buena clasificación de las escuelas filosóficas que en España han florecido, y escribir el extracto y la crítica del sistema de cada autor, a la cabeza de lo que de sus obras se traduzca y se dé nuevamente a la estampa.

De todos modos es en extremo plausible y hace muy grande honor a nuestra cultura el que el Sr. Sanz haya empezado ya a realizar su gigantesco proyecto, y el que los señores Campoamor y Laverde piensen en acometer y llevar a cabo otro no menos importante y difícil.